

Juegos en el jardín

Cuando me presentaron al Ingeniero me cayó muy bien; un tipo macanudo, lleno de encanto —me dije—, pero después fui descubriendo que más bien era un hombre que se esforzaba por parecer simpático, muy piola, pero que detrás de la sonrisa y de los modales de persona bien educada se escondía un carácter de hierro, aunque tampoco esto es así, yo diría que más bien tenía algo retorcido en su interior, a veces me hacía pensar en una serpiente enroscada acechando el momento para dar el salto, sobre todo cuando el odio le asomaba a los ojos o cuando la boca se le torcía en ese gesto que no podía disimular la contrariedad.

Yo ya lo conocía pero sólo de vista, de verlo pasar siempre apurado en esa cuatro por cuatro roja y un par de veces me topé con él en la ferretería de Rufino, quejándose por unos focos de iluminación. Sabía, como todo el mundo, que él se alojaba, cuando no estaba ausente, en un cobertizo a los fondos de ese chalet que está más allá del pinar, ese donde viven las tres mujeres y que la gente llama la casa de las locas. Conocía también los rumores que corrían sobre el lugar y que se incrementaron después de la extraña desaparición de aquel hombre, no sé si usted llegó a conocerlo, un veterano canoso que apareció un verano, se alojó en el hotel chico y andaba siempre solo, como perdido, parándose en las esquinas, contemplando largamente algunos lugares y que hacía largas caminatas por la costa. Daba la impresión de que buscaba algo pero nadie supo qué era o si lo supo se lo calló porque en casos así usted sabe que la gente no quiere incriminarse. Lo cierto es que era un hombre muy reservado que pasaba horas leyendo o haciendo apuntes en un cuaderno y no confraternizaba con nadie hasta que se relacionó con las mujeres y empezó a frecuentar la casa. Después nadie más volvió a verlo; se supo que sus pocas pertenencias quedaron en la habitación del hotel y empezaron las habladurías que usted ya conoce. La policía investigó el caso, interrogó discretamente a varias personas, estuvo en la casa e incluso hizo excavaciones en el jardín pero nada apareció. No era fácil, porque allí están los arenales que se tragan todo. Por fin, se archivó el caso, oficialmente se dijo que el hombre, por motivos particulares, había viajado a Buenos Aires y que las investigaciones continuaban.

Lo cierto es que el Ingeniero me mandó llamar un mediodía de verano en que yo estaba haciendo tareas de jardinería en la residencia de los Flores; lo recuerdo bien porque luchaba con un seto espinoso cuando vino el muchacho con el recado. Me dejé caer por los arenales al atardecer, cuando las sombras de los pinos ya se alargaban en el jardín. El estaba sentado en la galería que rodea al cobertizo, todo vestido de

blanco, como es su costumbre, y al principio pareció no advertir mi presencia pero yo me di cuenta que me estaba esperando porque a su lado había una mesita con dos vasos y una botella de whisky escocés. Sin dejar de mirar hacia la casa, donde se alcanzaba a ver la figura de una de las mujeres trasegando un balde, me invitó a sentarme.

“¿A qué se dedica?” –me preguntó a bocajarro mientras me servía una generosa medida de whisky. La pregunta me sorprendió porque todos saben que yo hago un poco de todo: jardinero, pintor, tapicero, chofer y , dentro de mis limitaciones, lo que se me requiera. “Sólo me interesa su trabajo de filmación” –me dijo y justo apuntó a lo único que yo no había mencionado porque eso para mí es un trabajo pero al mismo tiempo es un gusto, una afición con la que también gano algo de dinero. Porque todos saben que me dedico a filmar bodas, cumpleaños, aniversarios y fiestas porque me gusta registrar los momentos en que la gente está feliz. Así se lo expliqué mientras él me seguía vagamente con su ojo torcido. “Quiero contratarlo, me dijo, para un trabajo especial. Le pagaré bien pero usted no deberá hacer preguntas ni pedir explicaciones. Desde luego, descuento su absoluta reserva”. Cuando me anunció lo que me pagaría por hora –él parecía descontar mi aceptación– casi desparramo el whisky. Ganaría más en quince días que en todo el resto del año.

Al otro día por la tarde llevé la cámara y le pedí unos pesos como adelanto. El me hizo pasar al interior del cobertizo. Al principio quedé pasmado o, más bien, deslumbrado o quizás ambas cosas. Pasmado porque me encontré en medio de una sala completamente blanca, prolija hasta la manía, y deslumbrado por la luz acerada, restallante desde los techos. Nada tenía que ver aquel ambiente con el exterior más bien humilde y rústico del cobertizo. Había pocos muebles: un largo sofá también blanco, una mesa de aluminio con dos sillas y una pared entera ocupada por una larga mesada sobre la que estaban las pantallas menores; por encima, una gran pantalla se extendía a lo largo del muro. De un armario metálico que estaba en un ángulo, junto a un esqueleto de resplandeciente blancura, el Ingeniero empezó a sacar una serie de artefactos: la mayoría eran celulares muy sofisticados pero también había unos aparatitos muy pequeños, algunos hasta diminutos. El me explicó que eran dispositivos de filmación y grabación de alta tecnología y que los usaríamos para nuestro trabajo. De pronto se quedó inmóvil, como pensando, y dijo: “Usted se preguntará para qué necesito yo los servicios de su cámara teniendo todo esto. Sin embargo, usted para mí resulta esencial, no por su pobre cámara sino por usted mismo. Verá, dijo mientras se humedecía los labios con la punta de la lengua, todo aquí es virtual como también allá afuera, lo único que no es virtual es usted porque, y disculpe, en su ignorancia, usted se aferra a su materialidad,

a sus engranajes de carne, cartílagos y huesos, usted se agarra con uñas y dientes a la materia de que está hecha esta ficción, y señalaba con la mano a su alrededor. Vea esto, dijo y empezó a desarmar el esqueleto, una reproducción exacta, en acrílico, de la osatura humana. ¿No se le ha ocurrido preguntarse porqué tenemos por dentro esta armadura, esta estructura sólida y porfiada que se niega a desaparecer con facilidad, que resiste décadas la descomposición? Estaríamos más cerca de lo puramente virtual si tuviéramos la forma de la ameba o de la medusa o aun del alacrán, y me enseñó dos alacranes que tenía encerrados en una caja transparente y como todo comentario agregó: abundan en el jardín”. Tan de repente como había arrancado se calló, se sirvió otro trago de whisky y después empezó a explicarme el funcionamiento de todo aquello. En realidad era simple y todo consistía en no errarle a las teclas. Convinimos en que distribuiríamos las diminutas cámaras y celulares en los lugares que él había previsto –cubriríamos todo el jardín dijo, aunque yo no conocía los límites– y después me enseñó un código: a la primera señal suya yo debía comenzar la filmación, a la segunda dejar todo e irme. Salí confuso y con ganas de largar todo pero no me podía dar ese lujo teniendo cuatro bocas que mantener.

Los juegos empezaron el tercer día. Era un atardecer sereno con una suave brisa que soplabla desde el mar. Las mujeres llegaron en un carrito tirado por un caballo manso, de esos que alquilan para dar vueltas por el balneario. Venían cantando una especie de serenata acompañada por la música de un acordeón a piano que la anciana señora Amaranta pulsaba con sus dedos pequeños y su sonrisa vacía desde la parte más alta del carro. Venían cubiertas de flores, entre largas ramas de acacias, coronadas de hojas de parra y rodeadas de cestos con frutas: uvas, peras, frutillas, manzanas, naranjas, ciruelas, melones, sandías de corazón bien sangrante y también traían unas cajas adornadas con guirnaldas entre las que asomaban los picos de las botellas de vino. El Ingeniero las recibió envuelto en una larga túnica de lino blanco que le llegaba casi hasta los pies. Calzaba sandalias y se había cubierto con un sombrero de paja de ala ancha. Demás está decir que estaba todo de blanco. En la mano derecha sostenía una larga caña y con ella me hizo la señal para que empezara a grabar. Pasaron un largo rato entre canciones y recitados, después hicieron un alto para comer allí mismo, sobre el césped del pequeño bosque cercano al cobertizo. Ahí me llamaron y me invitaron con quesos, frutas, budines y vino servido en cantidades generosas. Más tarde, el Ingeniero y las mujeres se metieron entre los árboles mientras yo seguía bebiendo con la anciana. Se oían carreras, risas y sofocones como de gente que está jugando a las escondidas o algo parecido. Por fin

Amalia volvió con los cachetes enrojecidos y las ropas desarregladas y atrás aparecieron el Ingeniero y la otra mujer con trazas de haber estado revolcándose. Yo nada dije y volví al cobertizo a controlar la filmación. Después de un rato más de música, esta vez de una cumbia bien sonora que salía de un grabador estereofónico, recibí la señal y terminé mi trabajo por esa noche. El Ingeniero me dijo luego que titularíamos esa primera jornada “Pastoral”.

Siguieron un par de juegos del mismo tipo, más o menos inocentes. Yo comía, tomaba y me dedicaba a lo mío. Entré a convencerme de que había sido un acierto aceptar aquel trabajo; aunque todo aquello me resultaba un poco aburrido y por momentos muy raro, ganaba buena plata sin ningún desgaste siguiéndole la corriente a esos maniáticos, me dije.

Para el siguiente juego el Ingeniero me dijo que necesitaría mi colaboración. Me llevó hasta una especie de cabaña de forma circular, armada con largos tablones de madera que se elevaban perpendiculares y terminaban en un techo de zinc en forma de cono con un agujero en el medio. Allí me dio instrucciones: me indicó que yo debía ubicarme de un lado y observar, sólo observar y grabar, entre las junturas mientras él hacía lo mismo del otro lado. Me pareció fácil y no puse objeciones.

El calor apretaba fuerte en esas primeras horas de la tarde, cuando nos deslizamos hasta la cabaña y ocupamos nuestros lugares con el mayor sigilo. Puse el ojo con esa especie de regocijo culposo que uno siente al espiar y me encontré con la señora Amalia, envuelta en una bata amarilla, sentada frente a un caballete pintando grandes flores azules sobre una tela blanca. Estaba rodeada de espejos y de grandes jarrones con flores. Mientras yo observaba la escena un rayo de sol rebotó contra uno de los espejos y entonces la mujer dejó de pintar, se puso de pie y dejó caer la bata. Estaba desnuda y con la visión de aquellas carnes en sazón, sobre todo las grandes tetas jugosas, sentí que se me entraba a parar. Pero ahí recién empezaba el asunto, porque entonces la Amalia giró y empezó con una danza endiablada que hubiera calentado hasta a un muerto, moviendo el culo, con el pelo revuelto y sobándose las grandes tetas con las manos mientras se contemplaba en los espejos. Le juro que estuve a un tris de meterme en la cabaña y tirármele encima allí mismo. Pero a último momento y justo cuando ella ya se echaba en un catre que había al costado, sentí los golpecitos indicando que debía retirarme y eso me volvió a la realidad y me salvó. Después el Ingeniero me dijo que llamaríamos a ese juego el “Pandótico” o algo parecido, no sé, era una palabra rara.

El laberinto era amplio y culebreaba enrosándose alrededor del posible centro del jardín aunque a veces parecía encogerse y reducirse a unos pocos metros cuadrados y otras veces parecía crecer y ocupar

todo el jardín. Tenía una forma más o menos circular porque con esos cambios en ocasiones se asemejaba a un óvalo y en otras como que se acercaba más al rectángulo. Allí se desarrolló el siguiente juego que justamente llevaría como nombre “En el laberinto”.

Esta vez todo comenzó a los fondos de la casa. Mientras comíamos empanadas y bebíamos vino espumante en abundancia (se me hace que le habían agregado algo porque después de dos o tres copas estábamos todos un poco eufóricos de más) el Ingeniero nos dio las instrucciones (yo también estaba obligado a figurar en este juego): cada uno de nosotros cuatro debería ingresar por una entrada distinta al laberinto, recorrerlo hasta el centro, recoger allí algo que nos esperaba y luego encontrar la salida. Era esencial, subrayó, respetar escrupulosamente las reglas, como en todo juego.

La señora Amaranta nos despidió con su sonrisa de ojos apagados y nos deseó suerte. Yo me metí por donde me habían indicado y recorrí los primeros metros entre los setos espinosos que formaban muros intrincados de unos dos metros de altura, sintiéndome curioso y fatigado, en tanto me llegaban las risas excitadas de las mujeres desde sitios cercanos. Doblé un recodo y ahí nomás me esperaba la primera pantalla: “Error. Pierde un turno”; supuse que debería haber girado a la derecha, así que me quedé parado observando unos pájaros que se perseguían por encima del cerco. Al rato la pantalla volvió a encenderse: “Continúe”. Así lo hice y enfilé por un largo pasadizo que se abría en tres ramales, tomé el del centro y parece que acerté porque otra pantalla me saludó: “Correcto. Avanza dos casilleros y gana una TV color”. Seguí adelante guiado por las pantallas, ganando objetos y también perdiéndolos según acertara o no con los caminos que se me ofrecían. Me pareció que lentamente iba derivando hacia un costado, que me iba alejando del centro pero eso es muy difícil de saber cuando uno se encuentra en un laberinto. El piso se fue aflojando y mis pies se movían con dificultad entre la arena hasta que de repente caí en un pozo en el que empecé a hundirme sin lograr afirmar el pie. No sé si usted alguna vez se encontró en una situación igual; la primera reacción es intentar salir cuanto antes así que me agarré de un arbusto y tiré con tanta fuerza que lo arranqué de raíz y ahí la macaneé porque me hundí todavía más deslizándome de costado; como la cara me quedó a nivel del piso por el rabillo del ojo descubrí a un alacrán que se movía muy cerca entre la arena. Y ahí me asusté, lo confieso: me acomodé como pude y empecé a gritar con todas mis fuerzas pero mi voz parecía perderse en los recodos y recovecos del laberinto, hasta que giré sobre el otro costado y descubrí allí, a pocos metros, al Ingeniero, rodilla en tierra, observándome con el interés y la expresión de un entomólogo que estudia a un insecto atrapado en una

caja o del cazador que sigue los movimientos desesperados del animal en la trampa. Mientras me observaba no dejaba de filmar y registrar cada detalle. Cuando se dio cuenta de que yo lo había descubierto, se levantó y vino enseguida a auxiliarme. Con los tironeos para sacarme del pozo, terminamos cayendo los dos medio entreverados en la arena y allí tuvo unas actitudes que no me gustaron. Me incorporé en cuanto pude, me sacudí la arena húmeda de las ropas y recogí mis cosas mientras él se deshacía en disculpas y me prometía compensaciones con esa sonrisa viscosa y falsa que yo ya había aprendido a reconocer.

En la casa nos esperaban las mujeres con grandes copas llenas de ensalada de frutas y helados. Escucharon excitadas lo ocurrido y me compadecieron solícitas. El Ingeniero ya había cambiado: su expresión se volvió sombría, parecía contrariado por el fracaso del juego, no bebió vino ni participó de la alegría de las mujeres y al despedirnos anunció que los juegos se suspendían por unos días. Como a él no se le escapa nada, me llevó aparte y me aseguró que de ahí en adelante me pagaría el doble. Yo nada contesté pero salí decidido a no pisar más aquella casa. Esa misma noche tuve los primeros sueños extraños, esos que ahora me asaltan todas las noches. Son imágenes confusas, acompañadas por una sensación de terror, que a veces me persiguen durante el día. Vienen como fogonazos y después se evaporan. Hay momentos en que pienso que me estoy volviendo loco. Por eso, Acosta, cargué el revólver y esta noche tengo la intención de entrar en el laberinto por las mías y no cejar hasta alcanzar el maldito centro.